

ESA DISTANCIA ENTRE OCCIDENTE Y CHINA

Por Dong Yansheng *

Históricamente, China y Occidente estuvieron distanciados por factores geográficos y culturales. De ahí su milenaria incomunicación y falta de recíproco entendimiento, que por fortuna no desembocó nada más que en una ingenua e inofensiva curiosidad entre ambas partes durante mucho tiempo. Sin embargo, la situación dio un brusco viraje cuando surgió en Occidente el capitalismo moderno mientras China todavía divagaba sonámbula en su letargo medieval. Entonces ocurrió lo que tuvo que ocurrir. Las potencias occidentales, en su furia por acaparar materia prima, por ensanchar el mercado y por estrujar mano de obra barata, se fijaron en China como una presa codiciable. Continuos cataclismos comenzaron a caer en cadena encima de esta nación: guerras de opio, incursiones militares, incendios de

joyas arquitectónicas, saqueo de recursos, evasión de plata, pérdida de territorio, merma de la soberanía... Así se inició un período de prepotencia y expoliación de una parte y de humillación y sacrificio de la otra. En ese caso, obviamente no pudo haber ni comunicación ni entendimiento que cupiera. Más tarde, ya a mediados del siglo XX, la prolongada guerra fría no contribuyó a mejorar en nada la situación. Fue una época de mutua aversión y denigración derivadas de las diferencias política e ideológica.

Pero, de un tiempo para acá, debería haberse producido algún cambio positivo en lo referente a las relaciones entre las dos partes. Por lo menos, China ha tomado bastante iniciativa, porque está sinceramente dispuesta a salir de su legendario aislamiento y reincorporarse a la comunidad internacional, porque procura no sólo acelerar su propio renacimiento sino también contribuir a llevar el mundo actual a un nuevo estadio de menos conflictos y de mayor armonía. No obstante, parece no haber encontrado la debida correspondencia en su interlocutor. En Occidente, algunos sectores gobernantes se obstinan en seguir mostrándose como siempre hostiles a todo lo que ocurre en China. Como consecuencia, las relaciones que se establecen entre una y otra parte llevan trazas de evidente falta de equidad y de doble moral. Si China no se atiene al comercio libre permitiendo la entrada de sus productos, es porque está sojuzgada por un régimen totalitario. Está bien. Ahora se abre el mercado chino, pero ellos, en cambio, ponen una serie de trabas para obstaculizar un trueque de reciprocidad. Entonces ¿dónde está el comercio y dónde la libertad? ¿Qué China está llevando a cabo *dumping* con mercancías baratas a expensas de sus trabajadores mal pagados? Puede ser. Pero ¿qué país industrializado no ha cruzado esta fase con sacrificios no sólo

de sus propios trabajadores sino también y especialmente de otros pueblos por ellos expoliados? Cualquier observador mínimamente objetivo puede ver que China se esfuerza por acortar períodos insoslayables, procurando ir elevando paulatinamente el nivel de vida de la población.

Parece paradójico. Tampoco les gusta a algunos sectores occidentales el mejoramiento de la vida de los chinos. Basta un nimio ejemplo. Un turista llegó hace años a una zona de alguna etnia minoritaria y vio mucho atraso y pobreza. Lleno de compasión y justa indignación no pudo dejar de exclamar: “¡Qué barbaridad! A esta pobre gente se la ha dejado a la buena de Dios sin que nadie se preocupe por su suerte”. Ha pasado un tiempo y el señor ha vuelto a la misma zona. Queda sorprendido por el cambio. La gente ha abandonado cuevas, yurtas y chozas de mala muerte para trasladarse a bloques de viviendas más o menos decentes. Tampoco se viste con su tradicional indumentaria, sino que compra ropa en el supermercado. Otra vez pone el grito en el cielo: “¡Oh, Dios mío! ¡Se les ha privado de su identidad cultural!”. Bueno, ¿qué es lo que hay que hacer para que el señor esté conforme?

Los alborotos que se armaron en torno a los Juegos Olímpicos proporcionaron otra prueba de la animosidad de algunos sectores occidentales contra China. Si unos simples juegos son suficientes como para provocarles semejante paroxismo histérico, ¿cómo se pondrán si se trata de algo de mayor seriedad y trascendencia?

El problema de Tibet merece un apartado, porque alrededor de ellos la propaganda occidental irresponsable y de mala fe ha tramado una red de patrañas monstruosas. Recuerdo una tertulia organizada en una librería de

Madrid en la que hablé. Cuando terminé, se levantó un participante para increparme: “¿Qué dice usted sobre los seis millones de tibetanos masacrados en su país?” Me quedé perplejo en un principio creyendo haber oído mal, pero acabé por replicarle: “Disculpe, señor, que yo sepa, la población total del Tibet no supera los tres millones. ¿De dónde ha sacado usted el resto?” Está visto que la ponzoña se ha filtrado tan a fondo que ha hecho mella en personas normales que no tienen por qué sentir aversión contra China. Sea como sea, no pretendo entrar aquí en detalles históricos para demostrar la soberanía china sobre la zona. En todo caso, es sabido que la territorialidad de cualquier nación es resultado de un prolongado proceso histórico de configuración y no se la puede cambiar de buenas a primeras obedeciendo al capricho de algún que otro fulano sin que se provoque un trastorno de consecuencias graves. Por de pronto, me limito a hacer las siguientes preguntas: ¿Permitiría Gran Bretaña la independencia de Irlanda del Norte? ¿Lo haría Francia respecto a Córcega? ¿Se consentiría la misma cosa en Canadá en relación con Québec? ¿Sería tan generoso Washington con los puertorriqueños, cuya anexión es además demasiado reciente? En absoluto. Entonces, ¿por qué China ha de hacer lo que ellos no toleran en lo más mínimo dentro de sus propias jurisdicciones? Hay una máxima china que reza: No hagas a otros lo que no quisieras que te hiciesen a tí. Se nota que estos señores necesitan una urgente reeducación de moral elemental.

Queda un enigma todavía por descifrar. ¿A qué vienen tantos tiquismiquis respecto a China? Muy sencillo, en el mundo hay gente a quien pone enferma el resurgimiento de esta nación. Prefieren que China permanezca en su legendario estancamiento para tener siempre a su disposición una fácil presa

de expoliación. En realidad, les importa un bledo la suerte de miles de millones de hombres y mujeres que habitan esta parte del globo, sean los hanes, los tibetanos, los uigures, los mongoles, los miaoos... He aquí su tan cacareado humanitarismo.

¿Que China tiene muchos defectos censurables? De acuerdo. Pero a ver: ¿qué nación está libre de ello? Claro, en China ocurre algo bastante peculiar: su extensión territorial, su dimensión demográfica y su lastre histórico no hacen más que amplificar y agigantar cualquier mancilla que haya. Por otra parte, el inicial intento de reestructurar el sistema administrativo determina que nadie sea capaz de habérselas con tantos problemas y solucionarlos en corto tiempo. A pesar de eso, no es menos cierto que este sufrido pueblo está haciendo sobrehumanos esfuerzos por sacudirse de la mugre acumulada. Sin embargo, para estos señores, todo lo que sucede en China ha de ser necesariamente malo, hágase lo que se haga. Si alguna zona carece de servicio de tren, ¡qué atraso!, ¡qué negligencia administrativa!, ¡qué discriminación regional! Y si se tiende una línea ferroviaria, dirán que se quita el trabajo a los arrieros, que el ruido perturba la tranquilidad bucólica, que repercute negativamente en el medio ambiente. ¿Es que en Occidente no se construyen nuevas líneas férreas? Ya tenemos el oído encallecido de escuchar tanta cantinela de tamaña incongruencia.

Otro factor que interviene en la falta de comunicación y comprensión entre China y Occidente es la repugnancia a todo lo diferente. Los seres humanos tenemos un vicio ancestral: recelamos de aquellas personas que se diferencian de nosotros en sus rasgos físicos, en su indumentaria, en su manera de ser y de pensar, lo que siempre provoca inquietud y suspicacia, si

no temor. Pero eso debe ser ya síntoma del primitivismo.

Los chinos tuvimos hemos tenido nuestra manía xenófoba en determinadas épocas, pero de un tiempo para acá nos hemos venido percatando de que lo diferente no sólo no implica nada amenazante, sino que, al contrario, puede ser muy beneficioso. Además, hemos echado de ver que la grandeza y la hermosura del Universo residen en cierta medida en su diversidad. Pero los recientes sucesos nos han revelado que en Occidente todavía quedan sectores que padecen del síndrome, y con mucha gravedad.

Confucio ha dicho: Los caballeros se diferencian los unos de los otros, sin embargo saben convivir en armonía, mientras que los villanos son todos iguales, pero se hallan en constantes conflictos.

A ver si todos logramos aprender a comportarnos como auténticos caballeros para que el mundo se libre de los sembradores de cizañas.

* Destacado hispanista chino, Profesor de Español en la Universidad de Idiomas Extranjeros de Pekín, uno de los traductores al chino de El Quijote.